

LA PRINCESA Y EL DRAGÓN

1º- 3º

Una vez, hace mucho, pero mucho tiempo, vivía un rey que era bueno y justo, y tenía una hermosísima hija que era humilde y buena, y todos la querían mucho. Todo era fecundo y próspero en ese lugar, siempre brillaba el sol, todo el reino vivía contento y feliz.

Un día, justo al mediodía, se oscureció el cielo y a lo lejos se escuchó un tronar. La tierra se estremeció y el estruendo aumentaba cada vez más.

Los guardias del palacio subieron a la torre y vieron con gran espanto que un gran dragón se estaba aproximando. Todo lo que se le cruzaba en el camino era aplastado con sus pesadas patas y quemado con su larga lengua de fuego.

Al llegar al palacio, con su voz horrible y estremecedora dijo:

- *Quiero llevarme a la princesa.*

El rey salió del palacio y preguntó al dragón:

- *¿Qué quieres tú con la princesa?*

- *Ella será mi esposa.*

- *Una princesa no puede tomar por esposo un dragón.*

- *Pues ella será mi esposa. Y si no viene conmigo destruiré todo el reino y ninguna persona quedará viva.*

Cuando la princesa escuchó lo que el dragón decía, salió y parándose junto al dragón dijo:

- *Antes que el reino sea destruido y todas las personas tengan que morir, iré contigo.*

El rey que no quería perder a su amada hija ofreció al dragón todos sus tesoros de oro, plata y piedras preciosas; hasta su valiosa corona de diamantes y perlas, pero el dragón sacudió su horrible cabeza y empezó a escupir fuego.

La princesa abrazó a su padre y llorando se despidió de él.

Decidida se sentó sobre la espalda del dragón y salieron del reino.

Nadie sabía de dónde había salido el dragón ni adónde llevaría a la princesa.

De la torre del palacio bajaron la bandera dorada y una gran tristeza invadió todo el reino. Nadie podía reír ni estar contento.

Así fueron pasando muchos, muchísimos años...

Cierto día aconteció que desde un país lejano, llegó un joven príncipe al palacio que estaba sumido en profunda tristeza. Se asombró mucho de ver a la gente tan triste y preguntó por la causa, entonces le contaron de la bella princesa y el dragón y que nadie sabía adónde la había

llevado. El príncipe entró al palacio para ver al rey, lo encontró muy envejecido por tremendo sufrimiento, caminaba apoyándose en un bastón de oro.

Al verlo así, se aproximó y le dijo:

- *Iré al mundo para buscar a la princesa. ¡Yo no temo a nada!*
- *¡Oh! - dijo el rey, - El dragón es fuerte y poderoso, mata y quema todo lo que se interpone en su camino y también te matará a ti.*
- *Lo intentaré, aunque me cueste la vida.* - Dijo el príncipe y saludando con sus manos al viejo rey, abandonó el castillo.

Delante del castillo había un precioso jardín y en el medio había una pequeña capilla. El príncipe entró, se arrodilló y pidió a Dios que le mostrara el camino para encontrar a la princesa. Estaba ensimismado en su oración cuando de pronto la capillita fue invadida por una luz clara, muy luminosa y brillante.

Asustado levantó la cabeza y escuchó una voz celestial que le dijo:

- *No temas joven príncipe.*
- *¿Quién eres?*
- Soy **el Arcángel Micael**. Yo te ayudaré a liberar a la princesa. Mira, ahí tienes mi espada de oro y mi yelmo; te darán mucha fuerza y coraje y así podrás vencer al dragón. Ahora ponte el yelmo y toma la espada de oro.
- *Pero ¿dónde encontraré a la princesa?*
- *Tú mismo deberás buscarla y solamente así, solo, encontrarás el camino que será largo y penoso.*

Y con esto la luz se fue extinguendo poco a poco.

Salió de la capilla y montó su caballo blanco. No sabía qué dirección tomar, cuando de pronto escuchó una muy suave voz que lo llamaba, miró a su alrededor, pero no vio a nadie; entonces dirigió su caballo en dirección del llamado.

El camino lo llevó a través de un oscuro y tupido bosque casi impenetrable. Necesitó un día con su noche para salir de él.

Al clarear el siguiente día llegó a un desierto inmenso y nuevamente escuchó la suave voz que lo llamaba. Se apeó de su caballo, lo ató y emprendió su camino a pie por el desierto. Hacía un calor insoportable; el sol le quemaba la cabeza y el príncipe sintió muchísima sed.

A cada paso que daba, el yelmo y la espada de oro le pesaban más y fue entonces cuando tuvo la duda de alcanzar su meta.

Al anochecer hizo tanto frío que comenzó a tiritar, trató de abrigarse con su capa y a lo lejos vio brillar una estrella, fue entonces cuando volvió a escuchar el suave llamado...

A la tercera semana se encontró frente a una gran montaña de empinadas rocas y profundos precipicios. Cercanos se escuchaban los murmullos de una fuente de agua y comenzó a trepar.

Allí detrás de la gran piedra el príncipe encontró el agua, clara como el cristal salpicando hacia arriba.

El sol se reflejaba en las finas gotitas de manera que se formaba un hermoso arco iris. Inclínándose el príncipe bebió y sació su sed; nunca había bebido agua más deliciosa.

Después también se lavó las manos y la cara y pudo sentirse refrescado y contento.

Con nuevos bríos siguió trepando. El camino se hacía cada vez más dificultoso; el yelmo le apretaba y la espada le pesaba... Por fin llegó a una meseta y empezó a escuchar unos espantosos bufidos, hasta que por fin vio al abominable dragón.

Con su larga lengua de fuego fue aproximándose al príncipe para aplastarlo con sus grandes patas.

Entonces el joven príncipe tomó fuertemente la espada, e inmediatamente sintió que una inmensa fuerza lo invadía de pies a cabeza, y de un certero golpe hizo penetrar la espada directamente al corazón de su enemigo venciendo en el acto.

De pronto, volvió a escuchar la suave voz de la princesa que lo llamaba ahora desde muy cerca...

La princesa estaba encerrada en una cueva que no tenía puerta ni ventanas y entonces sucede el milagro: las piedras comenzaron a caer una por una y el príncipe pudo llegar hasta donde ella estaba.

El príncipe quedó asombrado de la princesa; era mucho más hermosa de lo que él había imaginado.

Se acercó y tomándola de la mano le dijo:

- Querida princesa, ven conmigo a mi palacio de oro y serás mi esposa.

La princesa mirando los hermosos ojos del príncipe sintió una enorme confianza y se dejó guiar fuera de la cueva.

Al anochecer llegaron al desierto y encontraron al caballo blanco del príncipe esperándolos.

Montaron y cruzaron el desierto, después el bosque oscuro y llegaron al reino de la princesa...

Cerca de la capilla se apearon del caballo, entraron y nuevamente la capillita fue invadida de la hermosísima y dorada luz, seguida ahora de música y cantos celestiales.

El príncipe luego de agradecer a Micael su valiosa ayuda le devolvió el yelmo y la espada de oro. Inmediatamente desaparecieron la luz y la música.

Cuando llegaron al palacio la alegría de todo el pueblo y del envejecido rey fue inmensa. Las campanas comenzaron a repicar festivamente y la bandera dorada fue izada de nuevo.

Fue festejada con pompa y alegría la boda de la princesa con el valeroso príncipe. Después de las fiestas, el joven rey llevó a la joven reina a su palacio.

Allí gobernaron con justicia y vivieron felices por muchos, muchos años.

Aportación de La Comunidad de Cristianos